
VI. Conclusión general

El proceso de intracumulación originaria del capital en Nueva España alcanza su madurez durante la segunda mitad del siglo XVIII.

En una economía colonial la intracumulación tropieza con dos obstáculos:

- 1) La explotación internacional, que drena permanentemente un volumen considerable de recursos económicos hacia diversos polos metropolitanos y deforma la naturaleza de la clase dominante en clase dominante-dominada.
- 2) La supervivencia de modos de producción precapitalistas en extinción.

El primero impide la adecuada disponibilidad de los medios financieros necesarios para la realización del valor en el interior del mercado en formación, reforzando al mismo tiempo el carácter parasitario y usurero de la clase dominante.

El segundo impone límites al proceso de la división del trabajo, a la proletarianización y a la libre movilidad de los recursos económicos y naturales. Sin embargo, la explotación externa y las supervivencias internas constituyen factores mutuamente complementarios de la explotación colonial ya que, mediante el empleo de formas compulsivas, se multiplica la explotación colonial. Estos dos fenómenos combinados en la Nueva España de mediados del siglo XVIII, hacían que la riqueza monetaria no encontrara una estructura interna que permitiera absorberla. Así, la acumulación interna originaria del capital es no sólo el proceso de origen de los recursos monetarios, sino también, y sobre todo, el conjunto de transformaciones a nivel de la estructura económico-social (nuevas clases sociales, nuevas articulaciones sectoriales, nuevas divisiones del trabajo, nueva lógica y nuevos métodos para rentabilizar la riqueza) que posibilitan el uso y la reproducción autónomos de los recursos económicos, a pesar de la explotación internacional de las riquezas internas, al estar situado el conjunto dentro del radio de la expansión capitalista industrial mundial moderna.

313

Las teorías de los "enclaves", de la "difusión" y de la "dependencia" ignoran por completo la diversidad de las estructuras, la arritmia de los procesos, la interpenetración de la singularidad y de la generalidad, el entrecruzamiento de los ciclos largos de la economía internacional con las crisis agrícolas de las sociedades colonizadas. Por eso son esencialmente falsas, aunque existan los fenómenos descritos y desempeñen un papel importante en el curso de la historia de las economías coloniales.

El desarrollo desigual de las estructuras socio-económicas en el centro de las formaciones económicas mundiales, la explotación externa-interna y la muy particular base de acumulación que sirve de plataforma de lanzamiento, nos permiten construir el concepto de intracumulación originario.

La expansión europea en el transcurso del ciclo histórico de las revoluciones burguesas (y de la revolución industrial) fue importante porque:

- a) Para hacer frente al crecimiento de un mercado interno de una gran cantidad de pequeñas compras en Europa, era necesario disponer de un enorme volumen de dinero.
- b) Para saldar los fuertes gastos militares y la compra de mercancías de Oriente también era necesario disponer de dinero. Paradójicamente, la expansión europea deformaba la economía mexicana al establecer una división internacional del trabajo muy estricta, e imponer

el patrón oro que desplazó a la plata, la desmonetización de los metales preciosos, la edad del acero y del carbón, la explotación a bajo precio de los productos para las fábricas. La transición hacia el capitalismo, por lo tanto, sufrió la explotación, el intercambio desigual y la imposibilidad de hacer funcionar una reproducción ampliada autónoma. Estaba así sentada la estructura deformada del capitalismo actual.

La acumulación originaria del capital y la transición hacia el capitalismo en un país colonizado de base indígena, como es el caso de México, implica una abigarrada serie de transiciones secundarias simultáneas, ya sea en sentido progresivo o regresivo. Al separar a las masas de sus medios de vida y de producción, la intracumulación hace desaparecer (o impone una desestructuración) la antigua homogeneidad de las sociedades indo-coloniales, y al mismo tiempo suprime, a largo plazo, la heterogeneidad de los diferentes modos de producción.

Las relaciones de articulación directas (a nivel de la producción) y/o indirectas (a nivel de la circulación) permitieron el encadenamiento de una microregión indígena tabacalera con el mercado interno de compras, integrado por las masas de mineros y de acasillados de las haciendas. Al mismo tiempo, a expensas de las masas, por vía de la circulación mercantil y de los impuestos, la Corona española extraía cada año de la Colonia varios millones de pesos, enseguida incorporados directamente a su presupuesto estatal.

314

En el curso de la expansión mercantil la sociedad de auto-consumo cae en la desestructuración hacia la transición positiva. Pero durante el periodo de recesión profunda de 1808-1850 recobra fuerzas, reestructurándose sobre los antiguos vestigios del modo de producción agroartesanal. Así la independencia de España, a pesar de su importancia política, no fue una ruptura que superara los modos de producción precapitalistas sino, paradójicamente, un fortalecimiento de los aspectos atrasados del régimen colonial, al mismo tiempo que representaba una más profunda desestructuración generalizada de la antigua sociedad.

El resurgimiento económico de 1835-1860 sobre un esquema diferente y una tecnología moderna, debió relanzar los aspectos mercantiles de las relaciones heterogéneas de articulación, aprovechando las antiguas formas compulsivas para reforzar la explotación de plusvalía absoluta y relativa.

En el curso del último tercio del siglo XVIII, la economía tradicional (el sector de autoconsumo, de las comunidades, las Haciendas, las manufacturas) se veía afectada por el alza de precios, las migraciones, la moneda, la expansión de la actividad minera, la formación de diversos aparatos de Estado, la expansión del trabajo asalariado, la profundización de las crisis agrícolas y la coyuntura mundial. Todos estos factores servían de aceleradores del sector mercantil-simple en el interior de todas las unidades, ramas económicas e incluso, micro-regiones de la Nueva España. La estructura de base agropastoril se vio sometida a una agresión

va demanda de productos primarios. Su lógica interna de autoconsumo mercantil-simple no pudo responder positivamente, al tener una muy baja productividad, un régimen de coerción social, y una dependencia financiera del capital eclesiástico y usurario, y al desempeñar un papel cada vez más brutal las crisis de antiguo tipo. El costo de producción mercantil y social del maíz y del ganado subió, haciendo insoportables los gastos de producción de la actividad minera y manufacturera. La Corona, por lo tanto, hacía un enorme sacrificio fiscal para sostener la producción minera. Los empresarios mineros bajaron brutalmente el salario y el "partido" de los trabajadores, mientras introducían mediocres innovaciones técnicas sin, por otra parte, contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de ganancia; en ese momento se inclinaban en favor de los grandes usureros, y los mineros más poderosos se convierten en una especie de aristocracia nobiliaria de terratenientes, a fin de no depender más del mercado en la compra de bienes para sus minas. Así clausuraban el proceso de la división del trabajo, marcando un retroceso en la lógica de la economía de autoconsumo mercantil-simple.

La guerra de Independencia acababa de destruir importantes fuerzas productivas, agregando la ruptura con el poderoso dispositivo colonial de apoyo fiscal, técnico y militar que mantenía muy bajo el precio del mercurio (a pesar del alza de precios) y la calma social de las masas. En un clima de libre mercado del mercurio y de disturbios mundiales e internos, subieron los costos de todas las mercancías. Las compañías inglesas fracasaron en su pretensión de relanzar la actividad

315

minera tan sólo mediante la "maravillosa" fuerza de la máquina de vapor y la especulación bursátil, a causa de la imposibilidad de hacer funcionar una maquinaria moderna sobre la antigua lógica minera de trabajos subterráneos, y en un medio arrasado (carente de carbón de leña), sin una red de comunicaciones modernas y en el momento mismo del cambio de coyuntura hacia la era de los ferrocarriles y del acero en Inglaterra.

El resurgimiento de la actividad minera debió esperar las décadas 40-60 sobre otra base y, nuevamente, contar con una nueva coyuntura mundial favorable, y con el apoyo del Estado moderno que estaba construyéndose en México. Asimismo, con el impulso de una burguesía local profundamente ligada a los capitales y empresarios extranjeros.

No hay, por lo tanto, una línea evolutiva recta entre la historia del último tercio del siglo XVIII y la de la primera mitad del XIX, aun tratándose de la misma historia del proceso de transición hacia el capitalismo.

Hemos tratado de poner en evidencia este desarrollo desigual, complejo y apasionante. La formación de la nacionalidad, del pueblo y del Estado burgués mexicano es una historia de luchas encarnizadas contra una estructura social desigualitaria de origen colonial y, simultáneamente, una lucha contra las tentativas externas de reconquista por parte de las potencias capitalistas. Esta historia es la expresión dialéctica de las transformaciones internas del movimiento de larga duración, marcado por el auge de la intracumulación ori-

ginaria y de la consolidación del modo de producción capitalista en México.

El conocimiento de la génesis de un sistema y de un Estado se inscribe en la lógica de la posibilidad histórica de su superación.

316